



**Meditaciones en
tiempos de crisis**

John Donne

Meditaciones en tiempos de crisis

John Donne

Prólogo de Vicente Campos
Traducción de Ascensión Cuesta

ariel  **Quintaesencia**

Título original:
Devotions Upon Emergent Occasions

Primera edición: octubre de 2012
Primera edición en esta presentación: junio de 2021

© 2012, Vicente Campos, por el prólogo
© 2012 y 2021, Ascensión Cuesta, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3359-5
Depósito legal: B. 7.594-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ÍNDICE

<i>Prólogo: John Donne, «Antes muerto que mudado», de Vicente Campos</i>	7
<i>Dedicatoria</i>	23
Primera meditación	25
Segunda meditación	29
Tercera meditación	31
Cuarta meditación	35
Quinta meditación	39
Sexta meditación	43
Séptima meditación	45
Octava meditación	49
Novena meditación	53
Décima meditación	57
Undécima meditación	61
Duodécima meditación	65
Decimotercera meditación	69
Decimocuarta meditación	73
Decimoquinta meditación	77
Decimosexta meditación	81
Decimoséptima meditación	85

Decimoctava meditación	89
Decimonovena meditación	93
Vigésima meditación	97
Vigésimo primera meditación.	101
Vigésimo segunda meditación	105
Vigésimo tercera meditación	109

DEDICATORIA

Al príncipe más excelso,
Carlos

Su Excelencia:

He nacido tres veces: una, de forma natural, cuando vine al mundo; otra, sobrenatural, cuando me ordené sacerdote; y ahora he nacido de forma preternatural, al volver a la vida de esta enfermedad. En mi segundo nacimiento, el rey y padre de Vuestra Alteza se dignó a concederme su mano, no sólo para sustentarme, sino también para guiarme en mi ministerio. En este último nacimiento, yo mismo he nacido padre, y este hijo mío, este libro, viene al mundo, de mí, y conmigo. Y por eso tengo el atrevimiento (como padre, al Padre) de presentar el hijo al Hijo; de ofrecer esta imagen de mi humillación, a la vivaz imagen de Su Majestad, a Su Alteza. Habría de bastarme con que Dios haya escuchado mis devociones; pero los ejemplos de los buenos reyes son mandamientos, y Ezequías escribió las meditaciones de su enfermedad,

después de su enfermedad. Además, del mismo modo que he vivido para ver (no sólo como un testigo, sino como participante) la felicidad de una parte de los tiempos de vuestro real padre, quiera que también viva (a mi manera) para presenciar la felicidad de los tiempos de Vuestra Alteza, si este hijo mío, animado por vuestra graciosa aceptación, preserva por mucho tiempo viva la memoria de éste,

el más humilde y devoto servidor de Vuestra Alteza,

JOHN DONNE

PRIMERA MEDITACIÓN

¡Variable y por lo tanto miserable condición la del hombre! En este instante estoy bien y mal en este otro. Me ha sorprendido un cambio repentino, una alteración hacia lo peor, y no puedo atribuirla a causa alguna ni darle nombre. Estudiamos la salud, argumentamos sobre nuestros alimentos, nuestras bebidas, sobre el aire, el ejercicio, y tallamos y pulimos cada una de las piedras que componen este edificio, y de esta manera nuestra salud es un trabajo largo y constante, pero en un minuto un cañonazo lo echa todo por tierra, lo derriba todo. Una enfermedad que toda nuestra diligencia no ha podido prevenir, que toda nuestra curiosidad no ha podido contemplar, esto es, que no merecemos a causa de nuestros desmanes, nos convoca, nos atrapa, se apodera de nosotros y nos destruye en un momento. Ay, miserable condición del hombre, que no ha sido designio de Dios, pues, siendo él mismo inmortal, había puesto un ascua, un rayo de inmortalidad en nosotros del que podríamos haber hecho brotar una llama, pero apagamos el ascua con nuestro primer pecado; nos arruinamos buscan-

do falsas riquezas y nos llenamos de vacío buscando un conocimiento falso. Con tanta maestría lo hicimos que ahora no sólo morimos sino que lo hacemos en el suplicio, morimos con el tormento de la enfermedad y ya no sólo eso, además nos afligimos con antelación, nos afligimos en extremo por ese celo, esa suspicacia, esa aprensión de la enfermedad antes de que podamos llamarla enfermedad. No estamos seguros de estar enfermos; una mano le pregunta a la otra, tomándole el pulso, y nuestros ojos le preguntan a nuestra orina: «¿Cómo estamos?». ¡Ay, miseria y más miseria! Nos morimos y no podemos aprovecharnos de la muerte porque morimos con el tormento de la enfermedad; nos atormenta la enfermedad y no podemos esperar la llegada de los tormentos sin que las aprensiones previas y los presagios nos profeticen los tormentos que nos llevan a la muerte antes de que nos llegue la hora. Y nuestra disolución se concibe ahí, en esos primeros cambios, adquiere vida durante la propia enfermedad y nace verdaderamente en la muerte, que ha empezado con esos primeros cambios. ¿Es un honor exclusivo del hombre ser un pequeño mundo, sufrir esos terremotos en sí mismo, sacudidas súbitas; esos rayos, iluminaciones súbitas; esos eclipses, ahogos repentinos y ofuscación de los sentidos; esas estrellas fugaces, exhalaciones súbitas enardecidas; esos ríos de sangre, súbitas aguas enrojecidas? ¿Es acaso un mundo por sí mismo solamente en eso: tener lo suficiente en él no sólo para destruirse y ejecutarse él mismo, sino también para presagiar esa ejecución sobre sí mismo, para ayudar a la enfermedad, para anticipar la enfermedad, para volver a la enfermedad aún más irremediable a través de tristes aprensiones y así,

como si quisiese avivar con más violencia el fuego echando agua en las brasas, envolver una fiebre ardiente con fría melancolía por temor a que la fiebre sola sin esa ayuda no destruya con la suficiente rapidez, ni concluya su trabajo (que es la destrucción) si no unimos la enfermedad artificial de nuestra melancolía con nuestra fiebre natural y a la vez tan poco natural? ¡Oh, perpleja descomposición, oh, enigmático desorden, oh, miserable condición del hombre!